GT 49: Fútbol, cultura y sociedad

Arielismo y eugenesia en el discurso de José María Delgado

Julio Osaba

Departamento de Investigaciones, Biblioteca Nacional de Uruguay

juosaba@hotmail.com

Resumen

Médico, poeta y deportista tal cual su propia definición, José María Delgado (1884-1956) fue una figura central entre los actores del deporte uruguayo en la época del amateurismo. Presidente del Club Nacional de Fútbol en dos períodos (1911-1921 y 1929-1932) fue actor y factor de la llamada refundación o democratización del club a partir de la Crisis de 1911. También fue presidente de la Comisión Nacional de Educación Física.

Está comunicación explorará a través de los textos del propio Delgado sus concepciones con respecto al deporte en general y al fútbol en particular. Esta concepción está teñida por las actividades vitales que desarrolla. Tanto la medicina como la literatura se trenzan en el querer y el hacer de Delgado con respecto al fútbol, sustentado tanto en la traducción que realiza de los principios del Ariel de J. E. Rodó, cómo de uno de los principios rectores del saber-poder médico de la época, la eugenesia.

A la vez, Delgado, desde un lugar hegemónico narra la historia del club construyendo con respecto a la Crisis de 1911 una versión que devendrá en canónica.

Es posible afirmar que este querer de Delgado tiene un correlato en la misión civilizadora que al fútbol le asignan las clases ilustradas en la década de 1920, época jalonada por los triunfos olímpicos y mundiales de la selección uruguaya.

Intro

Consultado por un diario cubano en 1927, sobre si la práctica del deporte no le restaba sensibilidad para la poesía, Delgado responde:

> De ningún modo. Yo tengo tres personalidades en mi vida. Una la de médico, profesión que ejerzo con mucho cariño. Tengo un cargo de la Asistencia Pública de mi país, y lo desempeño con grande satisfacción. Otra la del poeta, que cultivo con verdadero amor. Y otra la del deportista, que ya ven ustedes en que ajetreos me trae y me lleva por el mundo (Delgado, 1943: 166).

La metáfora del desdoblamiento en personalidades que utiliza Delgado, poco tiene que ver con alguna patología de tipo siquiátrico, sino que más bien funciona como artilugio literario por el cual describir su peripecia vital. Nacido en Salto, se recibió de médico en 1908, y ejerció cargos en la Asistencia Pública Nacional desde 1916, siendo director del Servicio de Asistencia Externa entre 1931 y 1939. Tuvo una dilatada trayectoria literaria donde público varios libros de poemas (El Relicario, 1919; La princesa Perla Clara, 1921; Metal, 1926, entre otros), novelas (Juan María, 1942; Doce Años, 1945), fue junto con Alberto Brignole el primer biógrafo de su coterráneo Horacio Quiroga (Vida y obra de Horacio Quiroga, 1939) por el cual recibió el Premio Nacional de Literatura de 1940. Fue además director de la revista Pegaso (1918-1924) y miembro de la Academia Nacional de Letras desde 1943. Cómo deportista, si bien en la entrevista citada deja constancia que practica el fútbol con otros universitarios, su actuación se desanda en el plano dirigencial. Fue designado miembro de la Comisión Nacional de Educación Física en 1921. Pero su más destacada actuación cómo dirigente la realiza en el Club Nacional de Fútbol del cual fue presidente en dos ocasiones[1] (1911-1921 y 1929-1932), pero además es posible afirmar que con su designación cómo presidente en 1911, Nacional dejó de ser un equipo-club (Frydenberg, 2011) en donde los roles de jugador-socio-dirigente (47) son indiferenciados y la figura del capitán es central, para transformarse en una institución deportiva con una clara división del trabajo entre dirigentes y jugadores, además de finalidades diferentes. La figura de Delgado cómo deportista, se encuadra no tanto en la práctica corporal del juego, sino en sus calidades morales, aspecto que entronca con el concepto de *sportman* (Frydenberg, 2011; Luzuriaga, 2009), calidad que le permite ejercer esos cargos de dirección y docencia, cómo expondré más adelante.

El horizonte de este trabajo pasa por explorar la integralidad del pensamiento de Delgado con respecto al fútbol, en donde deposita a modo de principios rectores tanto su saber literario, como su saber médico[2].

---

[1] En la actualidad la tribuna oficial del Gran Parque Central lleva su nombre.

[2] En este momento me encuentro trabajando con el archivo de José María Delgado que posee la Biblioteca Nacional, por lo que las conclusiones expuestas son necesariamente provisorias.

1924 o la fundación por la palabra

En un texto de ese año que oficiaba de prólogo a una obra que conmemoraba los veinticincos años de Nacional (Fourquet, 1924) Delgado se transforma en el primer historiógrafo del club, antecedido por los éxitos deportivos de su gestión en la década de 1910 y en ese año formando parte de la directiva presidida por Numa Pesquera. Este texto contiene en mayor o menor medida los principios rectores de su pensamiento, los cuales aplica específicamente a narrar la historia y el presente del club.

Estos principios pueden resumirse de la siguiente manera:

- una filosofía de la historia inscripta en la dialéctica hegeliana y de base nacionalista;
- una interpretación de las instituciones sociales en clave organicista, elitista y conservadora;
- una apelación a la tradición greco-latina en cuanto a la integralidad de cuerpo y espíritu;
- una doble función pedagógica del deporte en general y del fútbol en particular, desde el punto de vista moral y desde el punto de vista físico.

Me referiré brevemente al primero de los puntos, para luego entrar de lleno en la temática de este trabajo. Delgado apunta que el nacimiento de Nacional fue «originado por factores trascendentes y no por circunstancias fortuitas»[3], de esta manera inscribe la fundación del club en el cumplimiento de una lógica universal y fatalista que sustrae el curso de la Historia de la acción humana, así puede decirse que el nacimiento de la institución es la manifestación de la Idea.

Por otro lado apunta que «fatalmente, desde nuestra cuna debíamos conquistar el calor de la simpatía popular, ya que aparecíamos representando el espíritu nativo y animados por la noble idea de *nacionalizar el sport*» [la cursiva es mía]. Si por un lado Nacional nace en virtud de una necesidad histórica supra humana, encuentra su misión en el giro dialéctico. La expresión *nacionalizar el sport* designa así los componentes del par en pugna. A la práctica del deporte por parte de las colonias extranjeras (ingleses, alemanes) se le opone una fuerza de signo nacionalista que permite romper el exclusivismo

[3] Las frases entrecomilladas en las que no se cita procedencia pertenecen al prólogo de Delgado en el opus de Fourquet citado.

extranjero y a la vez apropiarse del juego. De esta manera le expide carta de nacimiento al fútbol uruguayo, 14 de mayo de 1899 y su síntesis, el Club Nacional de Fútbol[4].

Por otra parte, Delgado se ocupa en extenso de la crisis de 1911 en donde se enfrentaron «la aristocracia originaria» y aquellos que sostenían las «ideas democráticas». De este choque surgirá una nueva síntesis nacionalófila en donde según el propio Delgado «ha conseguido Club sus máximos laureles, su más alta densidad social, y su mayor desarrollo económico», o sea, en su presidencia. La puja entre aristócratas y demócratas, pasa desde ese momento a ser el marco explicativo único de los sucesos de 1911, a partir de su repetición acrítica por las historias partidarias tradicionales[5].

De esta manera Delgado se instituye como el primer Historiador de Nacional.

¿De qué jugaba Rodó?

El arielismo cómo influencia en el pensamiento de Delgado presenta un problema metodológico en tanto traducción, o sea, en el esfuerzo de adaptación crítica de un concepto a un ámbito ajeno al contexto de producción del mismo. Este aspecto gana en complejidad al revisar los escritos de Delgado, en tanto no hay referencia específica a José Enrique Rodó en los numerosos homenajes que tributa. Aparecen en el plano literario por supuesto Horacio Quiroga y también Juana de Ibarbourou y Zorrilla de San Martín, y en el plano médico Francisco Soca y José Scosería. Pero no Rodó.

Mi propuesta pasa por considerar al arielismo cómo una clave interpretativa de época, lo que permite su circulación, sobre todo en los sectores ilustrados, cómo forma comprensiva del mundo social. Así, el arielismo de Delgado es subyacente a su discurso operando cómo principio ideológico adaptado temáticamente a la época e inquietudes vitales del propio Delgado. En el mismo sentido es que Archetti afirma que el periodista uruguayo Eduardo «Borocotó» Lorenzo, quien fuera editorialista de la revista *El Gráfico*, en sus escritos «destilara arielismo» (2003: 110). A partir de esto es necesario reconocer a Rodó en Delgado.

Delgado a partir de la expresión «democratización, sin embargo no ha querido decir aplebeyamiento» aplica a la historia y a la actualidad de Nacional, el concepto de *dirección moral* acuñado por Rodó (1977: 42). Éste, a través de Próspero, capta que la sociedad en que viven está sufriendo grandes transformaciones al influjo del desarrollo industrial, uno

[4] Las narrativas tradicionales del fútbol uruguayo han privilegiado la interpretación de la necesidad histórica fatalista cómo marco explicativo, así, Peñarol, Nacional y la selección uruguaya siempre fueron, son y serán «grandes».

[5] Para una interpretación de la crisis de 1911 ver: (Osaba, 2007).

de esos cambios tiene que ver con el tipo de gobierno que se dan los hombres, así critica fuertemente a partir de Renán y Taine a lo que llama democracia del número, o sea, aquella que en sus afanes igualitaristas haga devenir la alta cultura en vulgaridad y utilitarismo. Desde este punto de vista y ante el ensanchamiento numérico de la sociedad, léase inmigración para la época de Rodó, y para la década de 1920 ampliación de los derechos políticos, se necesita una democracia regida por cánones racionales y que a partir de un saludable elemento aristocrático consagre una dirección moral ejercida por los mejores espíritus, es así «*como el principio democrático puede conciliarse, en la organización de las colectividades humanas con una aristarquía de la moralidad y la cultura*» [en cursiva en el texto] (53), o sea, ante una sociedad que se complejiza rápidamente, la división del trabajo debe dar lugar a la formación de «fuertes elementos dirigentes que hagan efectivo el dominio de la calidad sobre el número»(42), solo esto hará trascender a los pueblos por encima de sus realizaciones materiales.

Delgado, cual Próspero, anuncia la buena nueva de que la elevación espiritual de Nacional está asegurada por ser dirigido y apoyado por una *aristarquía* en la que se cruzan el origen universitario del club y el partidarismo de personajes de primera línea: «famosos profesionales, diputados, ministros, consejeros de Estado y hasta presidentes de la República», estos ejercen la *dirección moral* del Club Nacional de Fútbol[6], asegurando un «ambiente superior, el cual pronto surtía efecto en los jóvenes de tosca estirpe que, atraídos por el brillo de nuestra historia, acudían a engrosar la falange en marcha». Por lo tanto, luego de la *democratización* de 1911, Nacional no ha corrido el peligro de aplebeyarse, sino que por el contrario su fuerza moral perdurará, puesto que cómo expresa Rodó: «gran civilización, gran pueblo (…) son aquellos que al desaparecer materialmente en el tiempo, dejan vibrante para siempre la melodía surgida de su espíritu y hacen persistir en la posteridad su legado imperecedero»

He aquí también la función pedagógica sobre los *jóvenes de tosca estirpe,* la enseñanza de la elevación espiritual, el cultivo total del espíritu, pero a través de una dimensión impensada para Rodó: el deporte en general y el fútbol en particular. Al respecto expresa Delgado: «hemos sido también un alto factor socializante, una escuela educativa a la que deben infinidad de hombres su evolución, su pulimento ético y cultural». Un factor de civilización.

[6] En un folleto de 1930 que promociona la construcción de un estadio para Nacional en las inmediaciones de Centenario y Propios, figuran en el Comité Pro Estadio entre otros: J. Serrato, B. Brum, A. Narancio, P. Mannini Ríos, C. Batlle Pacheco, R. Berro. En: Una obra de vastas y nobles proyecciones. Contribución del Club Nacional de Football al Centenario Patrio 1830-1930.

Mens sana in corpore sano

Según Rodó, América la joven, debe imbuirse del espíritu de la Grecia clásica para desarrollarse en el goce de la contemplación estética y para la concreción de la alta cultura, fuente y manifestación del espíritu, contraponiéndose al exacerbado utilitarismo estadounidense, que si bien desde el punto de vista material manifiesta una voluntad ciclópea, desde el punto de vista espiritual ha perdido la poética de los padres fundadores. Delgado ante un auditorio yanqui en la gira que realizara Nacional en 1927 por Estados Unidos y Cuba, reconoce la labor de la fuerza titánica del país del norte, pero aclara ante un auditorio de descendientes de españoles que «aunque sobrecogido por el poder y la grandeza de otra estirpe», él se cuenta entre aquellos «por cuyas venas corre miel y vino de la Hélade, leche de la loba romana y sangre de los leones de Castilla» (Delgado, 1943: 24-26).

Por otro lado, ese desarrollo espiritual debe estar sustentado en un soporte físico biológico, he ahí la armonía: «la perfecta salud corporal», emulando a la tradición greco latina. Los deportes en general y el fútbol en particular serán el lugar donde el ser humano logre lo que Herbert Spencer llama *moralidad física* (228), o sea, existe una relación directa entre la salud física y el desarrollo intelectual y espiritual, una debida tensión en la que se opera el desarrollo armonioso de la persona, que se prepara para la exigente vida de la sociedad industrial, dirá el padre del organicismo social.

En el Uruguay personajes como Vázquez Acevedo, Mannini Ríos y Delgado justifican la práctica del fútbol a través de la traducción de Spencer[7]. Siguiendo al inglés que proponía la sustitución de la vieja gimnasia por el libre juego corporal, estos orientales ven en el fútbol la forma de encauzar pasiones propendiendo al desarrollo intelectual; para todos, dicha práctica excede el mero mejoramiento físico. Dirá el Rector de la Universidad en 1899:

«la educación física puede influir también para despertar y afrontar el sentimiento de la autonomía individual (…) pues alcanzareis con ella un provecho verdadero, y lograreis, además, colocaros en condiciones de ser más útiles para la sociedad y para la patria» (Rocca, 1991: 9)

Por su parte Mannini defenderá la práctica del fútbol del ataque de Herrera y Reissig, dirá el patrón de la Torre de los Panoramas que ahora se «practica footballs» (…) «presenciándose, al revés del triunfo de la cabeza, el triunfo de los pies, y, mientras el Ateneo, no es, en realidad, sino un bello cadáver de arquitectura» (La Revista, no1,

[7] Sobre la influencia de Spencer en el Uruguay, ver: (Ardao, 1968).

20/8/1899: 5). Mannini le contestará que mientras los pueblos sajones cambian garitos por fields deportivos

> nosotros vemos caminar a pasos inciertos por nuestras plazas, esas precocidades macilentas y anémicas, como espectros ambulantes de nuestra chifladura literaria, ellos crean soldados viriles para la patria, y robustas generaciones para la sociedad (*La Revista*, no 2, 5/9/1899: 34)

Tanto para Vázquez como para Mannini la práctica de ejercicio físico apunta a cerrar la brecha con respecto al desarrollo de los países sajones, por lo tanto persiguen fines civilizatorios. Además, al filo del 900 y en un contexto de inestabilidad política en tanto horizonte de expectativas en que la guerra civil siempre es una posibilidad cierta y a modo de prospecto sería mejor trocar los campos de batalla y los gabinetes por los fields.

Delgado repite esto tópicos en 1924, adscribiéndose a la crítica contra lo que él llama el «despotismo cerebral», expresión con claras connotaciones spencerianas; expresa además en el cruce con Rodó que la belleza estética y la nobleza moral de la práctica del fútbol es «fuente de sanas alegrías y nobles entusiasmos», y cumple un papel como «fuerza civilizadora». Así hacia mediados de la década de 1920 pareciera que el fútbol ha puesto su granito de arena para alejar definitivamente las guerras civiles e inscribir al país en la máxima batllista de adversarios y no enemigos luego del pacto constitucional de 1917. Delgado apunta a que:

«Nuestro pueblo, antes tan amigo de batallas que parecía haber encontrado en las guerras su sport predilecto, acabaría por ser esencialmente atlético. Los deportes serán el derivativo necesario y noble que encuentren sus músculos ligeros, jóvenes y ágiles».

Nuevamente el fútbol como factor civilizante, es más en 1930 recalcará el papel del deporte «en la evolución de la estructura orgánica y espiritual de la Nación» (Delgado, 1943: 171).

Eugenia oriental

El asunto de la «perfecta salud corporal» también puede ser abordado desde un punto de vista médico, nobleza obliga. Delgado forma parte de lo que Barrán define como *saber médico* y es partícipe del mismo como profesional y desde el punto de vista institucional a partir del ejercicio de cargos de dirección en la Asistencia Pública Nacional. En una sociedad medicalizada, o sea transversalizada por el saber médico, el cual a través de consideraciones médico-biológicas quiere imponer pautas de conductas sociales, políticas y culturales, será la *eugenesia* uno de los ciertos horizontes ideológicos. Ésta se basa de un

modo general en la preservación de la raza o especie ante la degeneración que provocan las enfermedades y los vicios populares, el alcoholismo en primer término pero también la sífilis, la tuberculosis y las dolencias mentales. En Estados Unidos el eugenismo a partir de los estudios de Galton devino en una concepción hereditaria de la enfermedad, mientras que en Europa y Latinoamérica se hacía más hincapié en factores medio ambientales, esto entronca en el Uruguay del 900 con una dominante concepción social de la enfermedad, sin duda se lee entrelineas la necesidad de transformación de las condiciones sociales en que se incuban las enfermedades y vicios para así mejor combatirlas, y este es el lazo que liga al saber médico de la época con el reformismo batllista, aunque también existirán en Uruguay posturas fuertemente basadas en la transmisión hereditaria (Barrán, 1994)

Ahora bien, en el razonamiento de Delgado: «se ha respirado, así, cerca de nosotros, un ambiente superior el cual pronto surgía sus efectos sobre los jóvenes de tosca estirpe», más allá de las consideraciones morales ya anotadas y teniendo en cuenta el acento de Delgado en la moralidad física, es posible encontrar un nuevo sentido a estas expresiones, justamente un sentido eugénico. Si los factores medio ambientales generados por condiciones sociales de extrema pobreza y marginación son causa fundamental en la extensión de vicios y enfermedades, se debe generar un mejor ambiente para combatirlas, de ahí la apelación a la respiración y al ambiente superior del Club Nacional de Fútbol; y he ahí también el combate contra la degeneración de la raza. La tosquedad invocada por Delgado significa pobreza, espiritual y por lo mismo corporal, pero también económico-social, así, un ambiente saludable donde respirar será factor de alejamiento de enfermedades y vicios, y por lo tanto de mejoramiento físico y espiritual para así preservar mejor la raza. Así el fútbol y sobre todo el Club Nacional de Fútbol conjuntamente con su fin civilizador cumplen una *función eugénica* en la sociedad. Por otro lado en 1932 propondrá la implantación de un régimen profesional en el Uruguay «como medio de *higienizar* el football y salvarlo de su decadencia» [la cursiva es mía] (Delgado, 1943: 182).

En Delgado el concepto de raza, donde además de las connotaciones biológicas correspondientes tiene un sentido de pertenencia supra-uruguayo en pos de una comunidad nacional mayor basada en la tradición (donde se conjugan el hispanismo, la raza hispana y la exaltación de la herencia latina, como exprese más arriba), lo vincula directamente con la generación del 98 española, y más cercanamente como ya vimos con Rodó. Barrán corrobora esa doble acepción:

> Los médicos del Novecientos creyeron todos en que la preservación de las virtudes y la salud de la *raza* era la tarea clave de su ciencia y que a ella debían subordinar su acción los gobiernos. A veces en los *progresistas*, el concepto de

> *raza* se identifica con toda la especie humana, pero otras veces, la percepción que el saber médico tuvo de la *raza* fue referida solo a la de la nación —a veces, el continente— de origen de los facultativos [en cursiva en el original] (207).

Delgado expresa de esta manera lo que Barrán denomina «omnipotencia de la medicina» (206), y a su vez señala un camino de conducta moral para los «jóvenes de tosca estirpe» que deben dejarse imbuir por la enseñanza física y espiritual que Nacional ofrece, aceptando la integralidad del desarrollo armónico[8].

Los descuentos

Es posible postular a Delgado cómo representante de una clase ilustrada portadora de saberes específicos, y esa posición justamente es la que le permite a partir del acto fundante de la escritura un gesto de separación que es eminentemente político en tanto regulador de las relaciones sociales, de ahí su conservadurismo político social y el entronque con Rodó.

Por otro lado, 1899 y 1911 escriturados en 1924 remontan el tiempo y se vuelven presente a través de la óptica del escritor, y la década de 1920 es un contexto propicio para las fundaciones de todo tipo. En el caso del fútbol en el mismo momento en que Delgado funda y refunda a Nacional, el fútbol uruguayo adquiere carta de ciudadanía en el concierto de naciones civilizadas al ganar la olimpiada de París y la prensa recorre varios tópicos de los que aborda Delgado: el fútbol como factor de civilización y nacionalidad, la herencia greco latina, un americanismo rodoniano, cuerpo y alma, la Historia del fútbol y su acción pedagógica[9]. Ese querer escriturado es en definitiva el querer de una clase social. Esta constatación exige un reposicionamiento teórico metodológico para el conocimiento de los grupos sociales implicados en la escritura pero silenciados por la misma.

La eugenesia, aunque hoy su aceptación resulte inconfesable socialmente luego del uso y apropiación que hicieron de ésta los regímenes fascistas y nazistas, fue efectivamente uno de los principales horizontes ideológicos del saber médico de la época. Delgado cree

---

[8] En el discurso de Delgado resulta singular el tratamiento diferencial que hace entre dirigentes y jugadores, los primeros solo por el hecho de ser dirigentes cumplen con determinados requisitos morales. Los jugadores deben rendir examen ante estos últimos en el sentido de demostrar que sus calidades físicas y morales han mejorado en la práctica del deporte y en el contacto con un ambiente superior. Salvo excepciones (Foglino, los hermanos Céspedes, Atilio García) las semblanzas y homenajes de Delgado son dedicadas a dirigentes, sobre todo aquellos que forman parte de su círculo luego de 1911.

[9] Ver especialmente el número que la revista *Mundo Uruguayo* le dedica al triunfo olímpico el 19 de junio de 1924. Es interesante constatar que en este número no hay una sola línea dedicada al natalicio de Artigas.

fervientemente en el mejoramiento de la raza, en su doble acepción de especie biológica y de pertenencia nacional, a partir de la mejora de determinadas condiciones de existencia tanto material como espiritual. Si contextualizamos el discurso de Delgado en un momento histórico de crítica a la democracia liberal comprendemos mejor su conservadurismo político social y algunas referencias que realiza. En 1924 caracteriza a Nacional cómo una «falange en marcha» y en 1936 en un homenaje póstumo a Rodolfo E. Bermúdez dirá que éste «como Jefe de una Gestapo, fuese el primero en saber cuánto se tramaba en los cenáculos y cuánto chisme circulaba en los arroyos (de los) dimes y diretes del balompié» (Delgado, 1943: 146)

Posiblemente, lo interesante en el pensamiento de Delgado sea la peculiar traducción que realiza de determinados principios fuera de su contexto de producción y su regeneración como marcos explicativos del mundo del deporte en general y del fútbol en particular, pero no lo hace desde afuera ni mucho menos a partir de campos estancos, sino que esas concepciones representan un continuum de su peripecia vital.

Referencias bibliográficas

Ardao, Arturo, *Espiritualismo y positivismo en el Uruguay*, Montevideo: Universidad de la República. Departamento de Publicaciones, 1968.

Barrán, José Pedro, *Medicina y sociedad en el Uruguay del Novecientos. La invención del cuerpo*, Tomo 3, Montevideo: EBO, 1994.

Delgado, José María, *Sports. Discursos, versos, semblanzas*, Montevideo: Impresores A. Monteverde y Cía., 1943.

Fourquet, Arturo, *Historia del Club Nacional de Fútbol. Desde el punto de vista deportivo*, Montevideo: Imprenta Iglesias, 1924.

La Revista, director: Julio Herrera y Reissig, Montevideo, 1899. En: http://www.periodicas.edu.uy/v2/minisites/la-revista/indice-de-numeros.htm

Osaba, Julio, «El fútbol no tiene quien le escriba», En: *La Gaceta. Revista de la Asociación de Profesores de Historia del Uruguay*, Montevideo, nº 47, octubre de 2007, pp. 12-18.

Rocca, Pablo, *Literatura y Fútbol en el Uruguay (1899-1990). La Polémica, el Encuentro*, Montevideo: Arca, 1991.

Rodó, José Enrique, *Ariel*, Montevideo: Ministerio de Educación y Cultura. Instituto Nacional del Libro, 1977.

Spencer, Herbert. «La educación intelectual, moral y física», en: *Spencer. Ensayos sobre pedagogía*, Introducción de Mariano Fernández Enguita, Madrid: Akal, 1983.

Una obra de vastas y nobles proyecciones, Contribución del Club Nacional de Football al Centenario Patrio 1830-1930, Montevideo, 1930.